

Pensar

epistemología, política y ciencias sociales

Nro. 2 | 2007



Centro **Interdisciplinario**
de
Estudios Sociales

Universidad Nacional de Rosario

UNR
EDITORA
COLECCIÓN
ACADÉMICA

Fichas de epistemología y política

La Civic Culture y la cultura política en la perspectiva almondiana. Notas introductorias¹.

Diego A. Mauro² - UNR – CIESO - CONICET

Resumen:

El presente trabajo aborda el concepto de “political culture” en la ciencia política norteamericana de las décadas de 1950 y 1960. Se analiza la obra de Gabriel Almond y Sidney Verba *The Civic Culture* y, a partir de ella, se señalan algunos vectores de la matriz epistemológica en la que se desenvuelve la perspectiva: estructural funcionalismo, conductismo y neopositivismo lógico. Se ofrecen, por último, breves consideraciones críticas mostrando los vasos comunicantes entre epistemología y política.

Palabras clave: Cultura política, civic culture, conductismo, neopositivismo, estructural-funcionalismo

Abstract:

This work tackles the concept of political culture in the 1950 and 1960 American political science. It analyzes the work of Gabriel Almond and Sidney Verba: “The Civic Culture” and, from there, it points some vectors of the epistemological matrix in which the structural functionalism, behaviorism and logical neo-positivism perspective develops. At last, some brief critical considerations are offered, showing paths between epistemology and politic.

Keywords: Political culture, civic culture, behaviorism, neopositivism, structural functionalism.

¹ Agradezco los lúcidos comentarios de Diego Roldán y Marta Bonaudo.

² Prof. y Lic. en Historia. Becario doctoral del CONICET.

La Civic Culture y la cultura política en la perspectiva almondiana. Notas introductorias¹.

Diego A. Mauro²

UNR – CIESO – CONICET

La noción “cultura política” forma parte del lenguaje cotidiano y su presencia, tanto en los medios masivos de comunicación como en las calles, es innegable. Expresiones corrientes como “la cultura política es el problema” o “falta cultura política” son de uso frecuente. Constituye, de hecho, uno de los “caballitos de batalla” más utilizados en las campañas electorales y atraviesa un amplio espectro de escenarios que van desde el discurso político cotidiano a los desarrollos académicos de la historia política y de las ciencias sociales en general.

Esta vaga presencia tentacular ha estado, no obstante, acompañada por una persistente actitud enjuiciadora. A través de la noción se ha nombrado una y otra vez, directa o indirectamente una falta, una supuesta deficiencia de la política y, al mismo tiempo, el contenido de la falta. Ha servido para nominar el supuesto carácter “inconcluso” de la modernidad latinoamericana así como para mostrar sus “evidentes” fisuras y persistentes problemas.

La indefinición conceptual y sus connotaciones valorativas no han sido patrimonio exclusivo del uso “vulgar” o “cotidiano” propio del análisis periodístico y del debate televisivo en la era de la videopolítica, sino que de igual modo ha caracterizado su aplicación académica. Cientistas sociales de diferentes disciplinas la utilizan insistentemente pero sólo unos pocos la precisan conceptual o metodológicamente. Norbert Lechner ha señalado las dificultades del carácter ampliamente polisémico del concepto, al punto de constituir, según su apreciación “una categoría residual que abarca de modo arbitrario, según las conveniencias del caso, una multiplicidad de aspectos dispares [...] la noción carece de fundamentación teórica y ello dificulta el análisis empírico; por consiguiente resulta difícil especificar su contenido concreto”³. Esta indefinición en el terreno conceptual y analítico no ha evitado, sin embargo, una sensible sedimentación normativa en términos políticos.

Fabio López De la Roche señala que esta diversidad de recorridos tanto temáticos, teóricos como disciplinares tiene, en realidad, bases no tan plurales. Según su enfoque, la débil fundamentación teórica no es impedimento para identificar dos matrices epistemológicas a partir de las cuales se habrían desarrollado orientaciones diferentes sobre el problema. De la Roche caracteriza a grandes rasgos estas dos matrices. Una estaría centrada en el análisis politológico, con base psicologista y atenta fundamentalmente a las variables cuantitativas. La otra se mostraría, en sentido contrario, más preocupada por la dimensión cualitativa del problema, sensible a las complejas sinuosidades de la política “no formal”⁴ y se movería, principalmente, en la estela antropológica.

En este trabajo se presentará, a través de un breve recorrido por la politología norteamericana de mediados del siglo XX, la configuración de una de las matrices en que, según De la Roche, se ha desenvuelto el problema. Se seguirá, principalmente en términos epistemológicos y teóricos, el proceso de construcción de la matriz politológica-conductista a partir del análisis de la obra pionera de Gabriel Almond *The Civic Culture*, publicada en 1963. El trabajo propone una aproximación general a la producción de la ciencia política norteamericana en las décadas de 1950 y 1960 y, sin pretender exhaustividad, identifica a partir de ella algunos vectores epistemológicos considerados esenciales. El trabajo intenta finalmente, a través de algunas observaciones críticas sobre los alcances políticos y la densidad ideológica de la perspectiva, mostrar como la sedimentación normativa derivada de su uso no fue un resultado aleatorio sino un ingrediente constitutivo del enfoque.

Conductismo, estructural funcionalismo y ciencia política

El conductismo produjo, a mediados del siglo XX, un quiebre profundo en la ciencia política norteamericana y contribuyó de manera decisiva a configurar su identidad disciplinar. Hasta el momento, la hermenéutica de los textos clásicos y la búsqueda filosófica y jurídica de parámetros

¹ Agradezco los lúcidos comentarios de Diego Roldán y Marta Bonaudo.

² Prof. y Lic. en Historia. Becario doctoral del CONICET. diegoalemauro@hotmail.com

³ LECHNER, Norbert (comp.) *Cultura política y democratización*, CLACSO-FLACSO-ICI, Santiago de Chile, 1987, p. 10.

⁴ DE LA ROCHE, Fabio *Aproximaciones al concepto de cultura política* en Políticas Net: <http://usuarios.lycos.es/politicaset/articulo/culturapol.htm>.

normativos habían sido preponderantes⁵ manteniendo a los estudios políticos en la estela de la *filosofía política*.

La denominada “revolución conductista” se difundió desde la Universidad de Chicago, en la que trabajaban Harold Lasswell, David Truman y Gabriel Almond, y prontamente encontró en el estructural-funcionalismo el marco teórico para su desarrollo y consolidación. La obra de Talcott Parsons marcó intensamente, en consecuencia, la investigación académica de las décadas del 50 y del 60 a través de las figuras de David Easton, Kart Deutsch y Seymour Lipset⁶.

La amalgama entre conductismo y estructural-funcionalismo, fusión de la que nacería la noción de cultura política, se llevó a cabo sobre la base del reconocimiento de una teoría del conocimiento sostenida en las premisas del neopositivismo lógico, tal como había sido delineado, entre otros, por el Círculo de Viena en los años 20 y 30.

La influencia del Círculo de Viena, aunque no sólo ella, aportó herramientas para la producción epistémica de la demarcación científicista de la politología⁷. Tal demarcación suponía la incorporación del método científico propio de las ciencias físico-naturales y el desarrollo de técnicas de investigación cuantitativas⁸. Tales circunstancias aseguraron a su vez la formación de una comunidad científica y el desarrollo de redes materiales a través de las cuales la disciplina comenzó a reproducirse. Como señalan Pablo Bulcourf y Martín D’Alessandro “la revolución conductista también creó una comunidad politológica en los Estados Unidos. De manera que esta corriente no fue sólo una revolución teórica —e incluso ideológica— sino también un fenómeno organizativo alrededor del cual se fueron agregando —u organizando paralelamente, con sus revistas, congresos y universidades— paradigmas alternativos⁹. La nueva politología operó el traspaso de un paradigma normativo y filosófico a uno que se pretendía empírico y nomológico. Se intentaban establecer las variables que determinaban el comportamiento político para elaborar leyes generales basadas en un sólido sustento “de base” como primer paso para la elaboración de leyes teóricas que, en un segundo nivel, explicaran y predijeran.

La preocupación por abandonar las abstracciones metafísicas no era del todo nueva y Gaetano Mosca, Robert Michels o Wilfredo Pareto habían orientado su obra a principios del siglo XX en una dirección empírica. No obstante, conductismo y estructural funcionalismo ofrecían lineamientos epistémicos que, en un contexto político e ideológico favorable, podían asegurar una expansión sostenida y a gran escala, al menos en el mediano plazo, de la nueva “ciencia de la política”.

La obra de Harold Laswell fue pionera en esta dirección. En *Power and Personality* intentaba establecer con bases conductistas, aunque aún en la estela teorícista, las características de la

⁵ La corriente conductista se basaba en los desarrollos de la psicología experimental conductista de John Watson, cuyas obras *Behaviorism* (1912) y *Psychology from the Standpoint of a Behaviorist* (1919) habían marcado a fuego la escena académica norteamericana. La idea básica de la corriente era trasladar la experimentación controlada al análisis de los procesos readaptativos de la conducta (tanto animal como humana) y a los mecanismos de estímulo y respuesta.

⁶ La obra teórica de Parsons constituye uno de los intentos más ambiciosos por unir una teoría de los sistemas y una teoría de la acción. No obstante se terminó privilegiando la dimensión del sistema social y la acción fue concebida como una “energía” que debía ser encauzada por los modelos culturales en dirección a la satisfacción de los imperativos funcionales del sistema. Es así que, como señala Franco Crespi, “acentuando la centralidad de las funciones de integración del sistema, Parsons pierde de vista el aspecto activo de la producción de significados, como capacidad de contestación de órdenes constituidos y como elemento de transformación e innovación”. Ver CRESPI, Franco *Acontecimiento y estructura. Por una teoría del cambio social*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1997, p. 67.

⁷ “El positivismo lógico o neo-positivismo separa expresamente los contextos de descubrimiento y de justificación y sitúa su tarea de ‘reconstrucción racional’ de las teorías en este último. Con recursos tomados de la obra de Frege, Russell y otros lógicos matemáticos, procede al análisis de la estructura lógica de las teorías y las relaciones lógicas entre los enunciados de observación —base segura de la ciencia— y las conclusiones teóricas”. Ver DÍAZ DE KÓBILA, Esther “Especificidad y condiciones históricas de posibilidad de la epistemología. La legitimación positivista en el campo de las Ciencias Sociales” en *Materiales 2 para una historia social de la razón epistémica*, UNR, Rosario, 1995, p. 34.

⁸ Ver DÍAZ DE KÓBILA, Esther “Memorias de la razón epistémica” en *El sujeto y la verdad. Memorias de la razón epistémica*, Laborde, Rosario, 2003, pp. 85-120 y “Epistemología, crisis social y normalización” en *La epistemología en los tiempos del “Fin de la epistemología”*, UNR, Rosario, 2000.

⁹ BULCOURF, Pablo; D’ALESSANDRO, Martín “La ciencia política en la Argentina. Desde sus comienzos hasta los años 80” en *Revista de Ciencias Sociales* 13, Universidad Nacional de Quilmes, p. 147.

“personalidad” democrática¹⁰. Identificaba algunos rasgos, como el “ego abierto”, valores comunes, confianza en los hombres, orientación plural en términos de valores y ausencia de ansiedad. No obstante, la obra de David Easton (1953) *The Political System. An inquiry into the State of Political Science* dio un paso más y marcó para la ciencia política, la consumación de la sociedad entre conductismo y estructural-funcionalismo. Tal consumación abrió un campo de trabajo de grandes dimensiones, cuyos resultados, reforzados por la naturalización social de las bases epistemológicas del proyecto, fueron rápidamente exitosos.

En 1959 Seymour Lipset publicaba un célebre artículo en el que intentaba establecer el conjunto de condiciones para el advenimiento de la democracia, poniendo especial atención en el desarrollo económico y la legitimidad del sistema político¹¹. Para ello se sistematizaban variables cuantitativas y a partir de ellas Lipset pretendía establecer una tipología de las democracias existentes según su grado de estabilidad. Reunió para ello toda la información estadística disponible sobre las condiciones económicas y sociales de diversos países. Estas variables incluían, entre otras, grado de industrialización, urbanización, nivel de alfabetización, criterios y pautas de educación. Una vez sistematizada la información se adoptaba una perspectiva comparativa y se clasificaba a los países escogidos en “democracias estables” y “democracias inestables” o “dictaduras”. Lipset establecía una relación directa entre modernización económica y nivel de democratización, no obstante, el modelo flaqueaba al abordar casos como Francia y Alemania consideradas “democracias inestables”. En 1963 Karl Deutsch publicaba *The Nerves of Government. Models of Political Communication and Control*, trabajo en el que aplicaba algunos de los principios de la cibernética en ascenso, al estudio de procesos político-comunicacionales. Los trabajos se multiplicaron y la investigación de los procesos políticos dio lugar a obras como la de Samuel Eisenstadt *The Political Systems of Empires* (1962), la de Seymour Lipset *The First New Nation* (1963), en la que desarrollaba las hipótesis de su “célebre” artículo, y la de Reinhardt Bendix *Nation-Building and Citizenship* (1964). Casi inmediatamente David Easton proponía llevar los desarrollos de la Teoría General de los Sistemas de Ludwig von Bertalanffy al enfoque conductista en *Esquema para el análisis político* (1965)¹². Por su parte Lucian Pye conducía las nuevas herramientas al terreno de la comunicación de masas en un trabajo impulsado por el Comité de Política Comparada del Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales que dirigía Gabriel Almond y financiado por la Fundación Ford¹³. El proyecto de Pye reunía diversos trabajos e intentaba establecer vasos comunicantes entre las debilidades democráticas y las “fallas” comunicacionales. Se concluía, finalmente, que el problema se relacionaba -en los países del Tercer Mundo-con la profunda brecha entre élites modernas y sociedades tradicionales.

También por entonces comenzaron a conocerse los trabajos de Robert Dahl a través de los cuales se intentaban establecer las características definitorias de una democracia¹⁴. El objetivo era poder medir el grado de poliarquía presente en cada sociedad, determinándose cuáles eran realmente democráticas. La obsesión que estas investigaciones mostraban por la viabilidad y “estabilidad” de la democracia liberal, así como por su plausibilidad en el Tercer Mundo, era presentada sin embargo como desprovista de toda preocupación política o filosófica. Esta, no obstante, se hacía evidente tanto en las conclusiones de los ensayos y *papers*, en donde muchas veces se abandonaban los ropajes vieneses, como en las recurrentes apelaciones a la idea de cientificidad.

Las investigaciones de Lucian Pye demostraban que el avance del comunismo en el Tercer Mundo y en los nuevos países surgidos luego de la descolonización de posguerra, estaba directamente vinculado al control de la comunicación lograda por los comunistas. Según Pye, evitaban elevar el nivel tecnológico y utilizaban los medios tradicionales. Por ello, para neutralizar su avance no debían perderse de vista la distancia entre la formación de élites dirigentes modernizadas y tecnocratizadas, supuesta llave del cambio, y la pervivencia de “valores tradicionales” en las sociedades del tercer mundo. Finalmente

¹⁰ Ver de LASWELL, Harold *Power and Personality*, Nueva York, 1946, y de LERNER, Daniel y LASWELL, Harold *The Policy Sciences*, Stanford, 1951.

¹¹ Ver de LIPSET, Seymour Martin *El Hombre Político: las Bases Sociales de la Política*, Tecnos, Madrid, 1987.

¹² Ver de EASTON, David *Esquema para el Análisis Político*, Amorrortu, Bs. As., 1969 y *A System Analysis of Political Life*, The University of Chicago Press, 1965.

¹³ Ver de PYE, Lucian *Evolución política y comunicación de masas*, Ediciones Troquel, Bs. As., 1969.

¹⁴ Ver de DAHL, Robert *Who Governs? Democracy and Power in an American City*, Yale University Press, New Haven, 1963 y *La Poliarquía: Participación y Oposición*, Tecnos, Madrid, 1989.

Seymour Lipset concluía, luego de clasificar a las naciones según el grado de estabilidad democrática, que “el rostro de la tiranía” era, por aquellos años, patrimonio de comunistas y peronistas¹⁵.

En este contexto académico y geopolítico y como parte de este movimiento intelectual, epistemológico y político tuvo su aparición la obra de Gabriel Almond en colaboración con Sydney Verba *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*¹⁶. Las primeras formulaciones de estas ideas habían visto la luz unos años antes, en *The Politics of the Developing Areas* (1960). En este artículo, Almond, basándose en los aparatos conceptuales parsonianos, había introducido ya algunos de los conceptos claves de los desarrollos del estructural-funcionalismo en la ciencia política, tales como: sistema político, rol, cultura política y socialización política.

El concepto de cultura cívica

El concepto de cultura política venía formando parte de la politología norteamericana desde los años 50 y a partir de un célebre artículo de Almond escrito en 1956 y titulado *Comparative Political Systems* se había comenzado a discutir ampliamente sobre el tema¹⁷. En él, Almond reflexionaba en torno a las necesidades metodológicas y conceptuales de los estudios comparativos sobre las estructuras y las funciones de los sistemas políticos entre sí. Buscaba nuevos conceptos que le permitieran pasar de la descripción sincrónica del funcionamiento de las instituciones a la explicación de las modalidades de comportamiento de los individuos en relación con el sistema político del que formaban parte. En última instancia se intentaba determinar el grado de compatibilidad entre las orientaciones y valores individuales y los sistemas democráticos modernos. Fue así, que el concepto de cultura política nació como una respuesta a la necesidad de desarrollar estudios comparativos de estas características. Como señala Lucian Pye en términos generales, el concepto fue una respuesta a la necesidad de tender un puente sobre la brecha, cada vez más amplia, que se iba abriendo en el seno de la concepción behaviorista, entre el nivel del microanálisis, basado en las interpretaciones psicológicas del comportamiento político del individuo, y el nivel del macroanálisis, basado en las variables propias de la sociología política. En este sentido, el concepto [constituía] un intento de integrar la psicología y la sociología, con el fin de poder aplicar al análisis político dinámico tanto los hallazgos revolucionarios de la moderna psicología profunda como los recientes progresos de las técnicas sociológicas para la medición de actitudes en las sociedades de masas¹⁸.

La obra pionera de Almond, *The Civic Culture*, fue el resultado de una investigación desarrollada en el *Center of International Studies* de la Universidad de Princeton entre 1958 y 1962. En ella, Almond y Verba aplicaron de manera original el análisis funcional al estudio de la cultura política a través de un trabajo comparativo. Nuevamente, como en los trabajos de Pye y Lipset, el fantasma del comunismo era uno de los motorizados más importantes. En el primer capítulo de *The Civic Culture* se planteaba que el estudio de la cultura política era necesario para establecer no sólo las variables del fracaso de muchas experiencias democráticas sino para comprender aquellos casos en que la “amenaza” comunista había logrado consolidarse. La obra de Almond se pensaba como una respuesta a los intentos previos que habían intentado vincular mecánicamente modernización y democratización. Se trataba, por supuesto, de una respuesta formulada dentro de la misma matriz epistémica. Según Almond la forma democrática de sistema político requería de una cultura política coordinada con ella y, obviamente, a diferencia de las políticas económicas y de los sistemas políticos, esta no podía ser “exportada” desde Estados Unidos a través de la formación y educación de élites dirigentes y funcionariales, sino que debía ser alcanzada por cada comunidad política.

La obra definía la cultura política como el conjunto de valores que determinaban la acción política de una nación. Este horizonte difuso de creencias y códigos de relaciones personales no podía ser trasplantado aceleradamente. Almond advertía implícitamente que sin la adecuación progresiva de este

¹⁵ LIPSET, Seymour Martin “Algunos requisitos sociales en la democracia: desarrollo económico y legitimidad política” en AA.VV. *Diez textos básicos de ciencia política*, Ariel, Barcelona, 2001, p. 119. La introducción de esta compilación, escrita por Albert Batlle, es recomendable como un primer acercamiento.

¹⁶ ALMOND, Gabriel y VERBA, Sydney *The Civic Culture*, Princeton University Press, 1963, y de PEY, Lucian y ALMOND, Gabriel *Political Culture and Political Development*, Princeton University Press, 1965.

¹⁷ Ver de ALMOND, Gabriel “Comparative Political Systems” en *Journal of Politics*, vol. XVIII, 1965.

¹⁸ PYE, Lucian ¿Qué es cultura política?, en *Cultura, política y filosofía. Revista Trimestral*, núm. 3, enero-marzo, 2003, Berlín, Alemania, edición digital en internet.

horizonte de orientaciones al sistema político democrático, los intentos por disputar el Tercer Mundo a la Unión Soviética serían infructuosos.

Más específicamente, la cultura política se refería a las tendencias subyacentes y a la dimensión psicológica del sistema político, así como a las tendencias regionales (subculturas) y a los patrones de comportamiento y percepción del mundo. Tal definición se proponía no sólo explicar el comportamiento sino, en consonancia con las bases instrumentales de la impronta conductista de la politología del momento, predecirlo.

A partir del análisis de un cúmulo de datos de opinión obtenidos a través de técnicas cuantificadas en Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, México y Alemania se propusieron teorizar inductivamente poniendo en relación las culturas políticas de estos países (a partir de una tipología especialmente construida) y la estabilidad democrática de los mismos. El proyecto intentaba especificar el contenido de la cultura política democrática a partir de experiencias empíricas -abandonando las inferencias realizadas a partir de los marcos institucionales, tal como Laswell había llevado a cabo en la década de 1940- incorporando la noción de “socialización política” y desde este ángulo definían la cultura política como las orientaciones específicamente políticas relativas al sistema político y sus diferentes elementos, así como “las actitudes de uno mismo dentro de dicho sistema”¹⁹. Las orientaciones individuales a partir de las cuales eran proyectadas, de manera formalizada, las culturas políticas incluían, siguiendo a Parsons, componentes u orientaciones cognitivas, afectivas y evaluativas que se desarrollaban dentro de un sistema político constituido por roles, estructuras y subsistemas. El funcionamiento modélico concebido por Almond y Verba proponía una secuencia de etapas. Primero, la de ingresos o insumos que constituía la materia prima para la toma de decisiones y atendía las necesidades que provenían del medio social o del interior del sistema político y cuyas fuentes específicas eran la sociedad interna, las élites políticas y la estructura internacional²⁰. Un segundo momento estructural estaba dado por el procesamiento de los *inputs* hacia el exterior, cuyo funcionamiento se desarrollaba en diferentes niveles: el nivel de capacidad del sistema; el nivel de procesos de transformación y el nivel de mantenimiento y adaptación²¹. Por último la producción de *outputs* podía dar como resultado cambios en el medio externo produciendo efectos de retracción, retroalimentación o *feedback* en el sistema político.

La cultura política de una nación consistía, a partir de este juego “evaluativo” de *inputs* y *outputs*, en la “particular distribución entre sus miembros de las pautas de orientación hacia los objetos políticos”. Se “medían” los conocimientos, sentimientos, juicios y opiniones sobre los “objetos” políticos. En las propias palabras de Pye y Verba la cultura política “no se refería a lo que pasaba en el mundo de la política, sino a lo que la gente opinaba de estos acontecimientos”. Los modelos estadísticos utilizados desagregaban los objetos políticos en “roles o estructuras” (cuerpos legislativos, ejecutivos o burocráticos); titulares de dichos roles (legisladores, funcionarios) y principios de gobierno, decisiones o imposiciones. Partiendo de este modelo de base, la obra de Almond entrecruzaba el soporte conductista y el marco general estructural-funcionalista con una teoría de la modernización. Estas sofisticadas construcciones tenían un punto de llegada cuyo modelo era el de una cultura secularizada y especializada. En base a ella Almond y Verba propusieron un modelo a partir de tres tipos de ciudadanos caracterizados de acuerdo a un esquema que, aún cuando no era plenamente evolutivo, incorporaba de manera subyacente una acentuada linealidad histórica. La tipificación identificaba tres modelos de

¹⁹ ALMOND, Gabriel, VERBA, Sydney “La cultura política”, en AA.VV. *Diez textos básicos de ciencia política*, Ariel, Barcelona, 2001, p. 180-182.

²⁰ Complejizando el modelo, Almond y Verba afirmaban que los insumos podían ser de dos tipos: demandas y ayudas. Las primeras recaían sobre el sistema político y se clasificaban de acuerdo a su extensión en demandas de bienes y servicios, demandas de regulación de la conducta, demandas de participación política y demandas de comunicación. Las ayudas por su parte permitían al sistema político extraer, regular y distribuir; es decir llevar a cabo sus objetivos de estabilización, en la forma de “paliativo” a las demandas. Las ayudas podían ser materiales, de obediencia a la ley y las normas, de participación política o las denominadas “ayudas de atención”.

²¹ El nivel de capacidad del sistema se refería al funcionamiento del sistema político como una unidad en relación con los otros sistemas sociales y con su medio. El análisis se realizaba a través de los tipos de insumos y de productos. El nivel de procesos de transformación o conversión nucleaba los procedimientos por los cuales los insumos eran convertidos en productos. En este nivel se transformaban las ayudas y las demandas en decisiones dotadas de autoridad que luego serían aplicadas. Por último, el nivel de mantenimiento y adaptación del sistema reclutaba los individuos que representaban los roles políticos, creaba nuevos y buscaba el personal para ejercerlos.

ciudadanos: los parroquiales, los súbditos y los participantes. Construyeron para ello una matriz muy sencilla que articulaba las orientaciones y los objetos políticos.

Dimensiones de orientación política				
Orientación	Sistema como objeto general	Objetos Políticos (Inputs)	Objetos Administrativos (Outputs)	Uno mismo como objeto
Cognición				
Afecto				
Evaluación				

Fuente: ALMOND, Gabriel y VERBA, Sydney *The Civic Culture*, Princeton University Press, 1963.

Según la matriz, cuando la orientación hacia los objetos políticos se acercaba a cero podía hablarse de una cultura política parroquial. Los parroquiales eran “aquellas personas que manifestaban poca o ninguna conciencia de los sistemas políticos nacionales. Tales individuos se encontraban en cualquier sociedad, pero eran relativamente escasos en las sociedades occidentales modernas. En algunas sociedades transicionales era posible hallar grandes grupos regionales parroquiales en ciertas áreas aún no afectadas por la política nacional”²². Este grupo expresaría según el concepto de cultura política en uso, orientaciones políticas difusas y manifestaría escasa o nula conciencia acerca del sistema político. Esta orientación suponía también la exigua o lisa y llana inexistencia de previsiones políticas.

Tipos de Cultura Política				
Orientación	Sistema como objeto general	Objetos Políticos (Inputs)	Objetos Administrativos (Outputs)	Uno mismo como objeto
Parroquial	0	0	0	0
Súbdito	1	0	1	1
Participante	1	1	1	1

Fuente: *idem*.

La cultura política de súbditos, a diferencia de la parroquial, suponía la existencia de una conciencia de la autoridad gubernativa y una orientación afectiva hacia ella. Los súbditos eran “aquellos individuos que se orientaban hacia el sistema político” según “el impacto que productos tales como el bienestar, los beneficios, las leyes, etc.” tenían sobre sus vidas, pero que “no tenían participación en las estructuras de insumo”²³.

El tercer tipo de cultura política establecida por Almond, la de participación, estaba caracterizada por una orientación hacia el sistema como un todo y hacia sus estructuras y procesos políticos y administrativas: es decir tanto a los *inputs* como a los *outputs*. Los individuos participantes se orientaban, supuestamente, hacia las estructuras de insumo y sus procesos comprometiéndose con ellos o viéndose “a sí mismos como potencialmente comprometidos en la articulación de las demandas y la adopción de decisiones”²⁴.

Esta taxonomía permitía la construcción de una tipología general de los sistemas políticos basada en el proceso de creciente diferenciación estructural y secularización cultural. Si bien Almond y Verba aceptaban que estos modelos no implicaban una homogeneidad real, esto no supuso el abandono de la lógica clasificatoria y de la gravitación creciente de un pesado evolucionismo. Así, los sistemas políticos eran divididos en tres clases: sistemas políticos con estructuras y políticas intermitentes con un mínimo de diferenciación estructural; sistemas políticos con estructuras políticas diferenciadas en las cuales persistía la cultura del súbdito; y sistemas políticos con estructuras políticas diferenciadas dotadas de partidos políticos, medios de opinión y formas de participación.

A partir de esta diferenciación los autores formulaban finalmente una tipología relacionada al “desarrollo” político, que proponía para cada tipo de proceso de diferenciación un tipo de sistema político. La preocupación era analizar empíricamente las congruencias entre las culturas políticas y las estructuras de los sistemas políticos. Siguiendo esta lógica llegaron a proponer tres modelos de sistemas

²² ALMOND, Gabriel; POWELL, G. B. *Política comparada*, Paidós, Bs. As., 1972, p. 53.

²³ ALMOND, Gabriel; POWELL, G. B. *Política comparada*, op. cit., p. 57.

²⁴ ALMOND, Gabriel; POWELL, G. B. *Política comparada*, op. cit., p. 53.

políticos: los primitivos, los tradicionales y los modernos²⁵. Finalmente el trabajo mostraba a partir de estas herramientas, como los países-modelo en términos de *civic culture* eran Inglaterra y Estados Unidos.

La piedra angular del estudio comparativo y del proyecto residía precisamente en el concepto de cultura política, que permitía de manera operacional sintetizar patrones de orientación de conducta, que una vez formalizados posibilitaban la comparación y la construcción de tipologías a escala nacional.

La *civic culture*

La investigación admitía formas mixtas y de hecho se reconocía que, exceptuando la estrictamente parroquial, todas las culturas políticas eran en realidad mixtas en alguna proporción. Sin embargo se preservaba la denominación para designar a aquellas en que la mixtura era particularmente significativa. Esta situación no tenía por qué ser momentánea y el modelo aceptaba que dichas formas podían no tender a resolverse estabilizándose indefinidamente a “mitad de camino”. El resultado era la incongruencia relativa entre estructura y cultura política y la tendencia latente a la inestabilidad, como testimoniaban los casos de Francia, Alemania o Italia.

A pesar de la retórica cientificista y las despiadadas críticas a la filosofía, Almond y Verba terminaban, muy aristotélicamente, estableciendo tres formas “puras” de cultura política. A partir de ellas se derivaban otras tres de carácter mixto: la cultura parroquial-súbdita; la cultura súbdita-parroquial y la cultura parroquial participante.

La confusión entre cultura política y cultura política democrática (como señalaba Lechner) o incluso, entre cultura política y cultura cívica ha sido relativamente frecuente tanto en el uso corriente como en el mundo académico y se ha llegado a utilizar estos conceptos como sinónimos. Almond y Verba eran, sin embargo, muy claros en este último punto y diferenciaban tajantemente la cultura política de la cultura cívica. Esta última era una forma específica, singular de cultura política, ejemplificada por el proceso histórico inglés. Al mismo tiempo se diferenciaba la cultura cívica como ideal normativo impulsado por las democracias liberales, de la cultura cívica como concepto analítico. Almond señalaba que la cultura cívica había sido en Inglaterra, el resultado de una serie de choques entre modernización y tradicionalismo, choques que habían sido lo suficientemente fuertes como para producir cambios, pero no tanto como para conducir a la desintegración o la polarización. Como consecuencia había nacido una cultura ni tradicional ni moderna, una cultura que permitía el cambio pero, al mismo tiempo, lo moderaba. Según Almond, en esta cultura de diversidad y consenso, racionalismo y tradicionalismo se habría desarrollado exitosamente la estructura de la democracia inglesa. La cultura cívica era por tanto, en el modelo almondiano, la cultura política predominante en países como Inglaterra y Estados Unidos y no el concepto mismo. Por ejemplo, en Francia y Alemania a mediados del siglo XX esta sólo tenía entidad como “aspiración o deseo”. Lo que, muy oportunamente en las décadas de la posguerra, colocaba a las potencias agraciadas por la *civic culture* en una posición políticamente muy ventajosa.

Tampoco debía confundirse, aclaraban Almond y Verba, esta forma singular e “histórica” con el ideal liberal democrático de carácter normativo. Según dichas formas idealizadas el ciudadano democrático no sólo era parte activa de la política sino que, además, debía actuar racionalmente dejando de lado las emociones, informándose y comportándose de acuerdo a intereses transparentes y racionalmente identificables. El resultado era el de un modelo normativo activo-racional de cultura política. No obstante, la cultura cívica tal como la caracterizaba Almond se alejaba de esta imagen idealizada y suponía que los individuos participaban del proceso político pero sin abandonar sus orientaciones de súbdito y parroquiales. Sobre este punto señalaba que: el “mantenimiento de estas actitudes más tradicionales y su fusión con las orientaciones de participación conducen a una cultura política equilibrada en que la actividad política, la implicación y la racionalidad existen, pero compensadas por la pasividad, el tradicionalismo y la entrega a los valores parroquiales”²⁶.

Reformulaciones posteriores

²⁵ Los primitivos estaban conformados por estructuras políticas intermitentes (bandas primitivas, sistemas segmentarios y sistemas piramidales); los tradicionales por estructuras políticas diferenciadas (sistemas patrimoniales, centralizados o feudales); y los modernos poseían infraestructuras diferenciadas (ciudades-estado secularizadas, sistemas modernos movilizados - democráticos, autoritarios - y modernos premovilizados, democráticos o autoritarios).

²⁶ ALMOND, Gabriel, VERBA, Sydney “La cultura política” en AA.VV. *Diez textos...*, op. cit., p. 194.

Poco después en 1966, el proyecto de una ciencia política centrada en el concepto de *political culture* fue reforzado por un nuevo artículo de Gabriel Almond y Bingham Powell *Comparative Politics: A developmental Approach*, publicado en la Universidad de Stanford. En él planteaban explícitamente el proyecto de organizar una red de conceptos analíticos para dar el salto de la descripción y explicación, a la comparación de los sistemas políticos. La propuesta, que daba una vuelta de tuerca más al paradigma estructural-funcionalista, reforzaba el proyecto de *The Civic Culture* en cuanto a la posibilidad de medir diferentes tipos de “sociedades” a través de la combinación de dos planos: el de los grados de diferenciación en las estructuras y la secularización de la cultura política, y el plano atento a la autonomía de los subsistemas sociales. Así la capacidad de un sistema político sería mayor en virtud de su nivel de diferenciación estructural y de secularización cultural.

Este comparativismo conductista-funcionalista permitía explicar supuestamente por qué algunos países no se desarrollaban, tanto en términos políticos (democracia) como económicos (capitalismo avanzado). En otras palabras, la obra de Almond, Verba y Powell adoptaba desde la ciencia política, el rol intelectual y político jugado por las teorías económicas de la modernización y del desarrollo seguidas, por entonces, en buena parte del Tercer Mundo²⁷.

Finalmente la conclusión sostenida por Almond y Verba respecto del problema de la estabilidad de los sistemas políticos democráticos fue la de proponer como hipótesis que esta dependía de la existencia de una cultura política mixta, algo que ya formaba parte del horizonte de análisis de *The Civic Culture*. “Lo que la teoría de la Cultura Cívica afirma es que, para que un sistema democrático funcione bien, tiene que evitar el sobrecalentamiento por un lado, y la apatía o la indiferencia por el otro, ya que debe combinar la obediencia y el respeto a la autoridad con la iniciativa y la participación, sin que haya mucho de lo uno o de lo otro, ya que no todos los grupos, intereses y temas irrumpirán simultáneamente”²⁸.

Los estudios de cultura política comparada despertaron inmediatamente un amplio interés y como parte de la tradición fundada en torno a Almond proliferaron gran cantidad de trabajos que, más allá de los matices particulares, se reprodujeron dentro de las fronteras epistemológicas del modelo almondiano. Dentro de estas producciones merece ser destacada la de Ronald Inglehart en la Universidad de Michigan, cuyos resultados fueron presentados en su trabajo *Culture Shift in Advanced Industrial Society* (1990). En esta obra Inglehart tensionó el concepto almondiano de cultura política, y planteó un estudio específicamente orientado a determinar el grado de influencia de los modos de las culturas políticas de los países industrializados en sus niveles de estabilidad democrática y fundamentalmente de desarrollo económico. Según su planteo la *civic culture* podía ser concebida como “un síndrome coherente de satisfacción personal, de satisfacción política, de confianza interpersonal y de apoyo al orden social existente”. Las sociedades que alcanzaban “una posición alta en relación con ese síndrome, tenían una mayor posibilidad de aparecer como democracias estables, que aquellas otras que tenían posiciones bajas”²⁹. Tal enfoque ha sido criticado, dentro de la misma tradición teórico-epistemológica por los trabajos de Jackman y Miller que señalaron la diferencia entre estabilidad política y juego democrático³⁰. En esta dirección según ellos, lo que Inglehart tenía en la mira era la estabilidad del sistema y no el funcionamiento democrático en sí, lo que como crítica en el marco del estructural funcionalismo suena a hueco. No obstante, este cuestionamiento a la centralidad de la idea de estabilidad ha servido a otros de sus críticos, como es el caso de Richard Merelman de la Universidad de Wisconsin, para recalcar la omnipresente influencia parsoniana en estos desarrollos³¹. Lo que sorprende

²⁷ Ver de PYE, Lucian y Verba Sidney “Political Culture and Political Development”, en *Studies in Political Development*, núm. 5, Princeton University Press, Princeton, 1969; y de LA PALOMBARA, Joseph y WEINER, Myron “Political Parties and Political Development”, en *Studies in Political development*, núm. 6, Princeton University Press, Princeton, 1969.

²⁸ ALMOND, Gabriel “The Civic Culture: Prehistory, Retrospect and Prospect”. Documento presentado en el coloquio organizado por el *Center for the Study of Democracy* y el *Department of Politics and Society*, University of California, Irvine, 1995. Ver también ALMOND, Gabriel y Sydney Verba *The Civic Culture Revisited: an Analytical Study*, Little Brown, Boston, 1980.

²⁹ INGLEHART, Ronald “The Renaissance of Political Culture” en *American Political Science Review*, V. 82, Nro. 4, 1988, p. 1228. Ver también *The Silent Revolution*, Princeton University Press, Princeton, 1977.

³⁰ JACKMAN, Robert; MILLER, Ross “A Renaissance of Political Culture?” en *American Journal of Political Science*, V. 40, Nro. 3, 1996.

³¹ MERELMAN, Richard “The Mundane Experience of Political Culture” en *Political Communication*, V. 15, 1998, p. 530.

aquí no es la observación en sí, sino el hecho de que Merelman se mostrara sorprendido por la influencia parsoniana descubierta en Inglehart. Cabría preguntarse: ¿esperaba encontrar otra cosa? Merelman opuso entonces a la visión de Inglehart de una cultura política sistemática, explícita y configurada en torno a valores, actitudes y conocimientos, una concepción calificada de “mundana” y que apuntaría a recuperarla tal como, supuestamente, aparecería en la vida cotidiana, es decir asistemática e implícitamente. Según la hipótesis de Merelman el carácter multivalente y contradictorio de los contenidos de la cultura política mundana evitaría que los ciudadanos apoyen de manera entusiasta las instituciones políticas vigentes e inhibiría la participación política. En la perspectiva de Merelman, la estabilidad debía ser explicada desde esta “inhibición” ya que, en realidad, era el resultado de una suerte de ambivalencia desactivadora y no de un consentimiento racional y activo. Conclusión que, indudablemente, recuerda más de lo que el propio autor parecería dispuesto a reconocer los planteos de Almond.

Notas de epistemología y política

La propuesta almondiana y sus variaciones ofrecen las bases “empíricas” de un universalismo substancial. Lo que, en otras palabras, supone la expansión metafísica de ciertos supuestos ético-políticos en torno a la preeminencia ontológica o evolutiva de las democracias liberales. La confusión de planos entre el concepto analítico y su eventual substanciación, tiene siempre en este caso una misma dirección: la de la superposición entre cultura política y cultura política democrática/representativa/liberal³². Esta derivación política, que en modo alguno puede atribuirse sólo a utilidades intencionadas, permite a la perspectiva “nombrar la política” como falta y presentar lo que “es” como incluso o inacabado. La substanciación democrática contrabandea un fuerte parámetro de valoración y a través de él introduce criterios que jerarquizan el orden de la política y habilitan la capacidad de enjuiciar. En torno a este horizonte se termina ofreciendo finalmente, detrás de gráficos, tablas estadísticas, matrices y coeficientes, un nuevo “gran relato”, una vigorosa *filosofía de la historia* que identifica en Inglaterra y Estados Unidos las nuevas encarnaciones de aquello que Hegel denominaba el “espíritu absoluto” o, simplemente, la “Idea”³³. Las analogías no deben ocultar, sin embargo, las diferencias rápidamente perceptibles en la preocupación central atribuida por la politología a la demarcación científica. Como se ha visto sucintamente aquí, el aparato estructural funcionalista y la psicología conductista, llevados al terreno de la política, enhebraron el nuevo gran relato en el marco de un discurso científico propio del siglo de la técnica. El proyecto almondiano, tal como señalaban los publicistas de la nueva politología, abandonaba efectivamente la discusión filosófica y normativa sobre los sistemas políticos, pero no para abandonar la construcción de un “metasentido” en la historia, sino para ubicar las metodologías de la ciencia neopositivista en el lugar otrora ocupado por la filosofía. Indirectamente se reinstalaba, no ya desde las clásicas filosofías de la historia o desde el romanticismo científico del siglo XIX, sino desde el horizonte técnico de la ciencia instrumental del siglo XX, la tristemente célebre ideología de la “responsabilidad del hombre blanco”. Se trataba, más específicamente, de que Estados Unidos e Inglaterra se erigieran en faros políticos y culturales en un mundo que, en medio de los procesos de descolonización, se presentaba como particularmente amenazado por el “espejismo” del comunismo y las “revoluciones nacionales”. Tanto en el contexto de la “guerra fría” como posteriormente en la “era de la globalización” esta impronta “ética”, sostenida según una retórica científicista, fue una de las claves de la expansión de las denominadas políticas neoliberales. En los países latinoamericanos el rol jugado por estos enfoques fue sumamente importante durante los años 90 ofreciendo legitimación y sostén a las denominadas “reformas estructurales” en el marco del denominado “consenso de Washington”.

Como insinúa el propio Almond en algunos de sus prólogos, la potencia y capacidad de expansión científica y social de la perspectiva ha estado, en realidad, más asociada a su poder de nominar y comparar que a la de explicar o comprender. Los nuevos conceptos analíticos y comparativos permitían reticular el mundo en democracias estables, inestables y tiranías, proporcionando sofisticadas bases de legitimación para la acción política de las naciones agraciadas por la *civic cultura*, supuesta base de sus

³² LECHNER, Norbert (comp.) *Cultura política...*, op. cit., p. 10.

³³ CRUCES, Francisco, DÍAZ DE RADA, Ángel “¿La cultura política, es parte de la política cultural, o es parte de la política o es parte de la cultura?”, Ponencia presentada al *XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología* (ALAS), México, octubre de 1996.

desarrollos económicos y políticos. El poder simbólico de la estadística y el saber cuantificado fue puesto al servicio de la conformación de una filosofía de la historia y de una verdad política que se pretendía científicamente demostrable: la de las bondades de la *civic culture* y la consecuente necesidad “humanitaria” de implantarla universalmente. Se ofrecía así, en otras palabras, un nuevo y eficaz paraguas metafísico para formas políticas, culturales y económicas de homogeneización.

El éxito de lo que se podría denominar un tanto abusivamente el paradigma almondiano, residía precisamente en su capacidad para ofrecer aquello que explícitamente se proponía enterrar en el pasado. Tras la destrucción del legado filosófico y la construcción de una ciencia política se sentaban las razones de posibilidad de una “filosofía de la historia” renovada y potente que, al promocionar sus desarrollos en las claves del neopositivismo lógico, podía presentar sus “clasificaciones”, su “ordenamiento del mundo”, su jerarquización de los estados-nación como el conocimiento de la verdadera “ciencia” de la política. En la apelación a la objetividad se veía la posibilidad de agitar las banderas de la neutralidad y la verdad. La objetividad no era sólo el camino para la consolidación disciplinar sino la posibilidad de introducir el bien y el mal en el terreno político bajo la forma de la ecuanimidad e indirectamente de la justicia. En esta dirección las críticas inclementes que el Círculo de Viena había dirigido a las ciencias sociales y a la filosofía se presentaban ofreciéndole a la nueva politología, una amplia gama de recursos argumentales para sortear críticas y desconocer objeciones, consideradas propias de expresiones precientíficas e ideológicas.

Exhumar críticamente la propuesta del “paradigma Almond” cuando, como es el caso, ocupa en los currículos de las universidades argentinas un lugar claramente periférico, puede parecer innecesario. Sin embargo cabría recordar que, aún cuando no se cite a Almond, a Pye o a Verba, muchas de sus ideas, apenas tamizadas, alimentan una considerable franja de nuestras ciencias sociales. Como observa Jorge Lanzaro, las mediciones sobre “calidad” democrática, institucional o política³⁴, basadas en aquellas formulaciones lejos de languidecer gozan de amplia circulación y muy buena salud.

³⁴ LANZARO, Jorge “Cultura política” en ALTAMIRANO, Carlos *Términos críticos de sociología de la cultura*, Paidós, Bs. As., 2002, p. 45